

Un despacho oficioso, fechado en Tokio el 7 de Junio, dice que el número total de prisioneros fué de 6.143, ó sea aproximadamente la mitad del total que iba á bordo de la escuadra rusa.

**

JUICIO CRÍTICO DE LA BATALLA

Nada tan llano y menos expuesto á error como la crítica *á posteriori* de una acción de guerra. El vencedor siempre obra bien;

rado constantemente señalar los errores y los aciertos de los dos beligerantes, prescindiendo de atenernos solamente al resultado de las batallas, cuya solución depende á menudo de incidentes y circunstancias imposibles de prever.

Pero esa misma imparcialidad que nos ha movido en ocasiones á juzgar con dureza los actos más elogiados y á justificar y aplaudir los más combatidos, nos obliga ahora á unir nuestras alabanzas á las que merecida-



Comedor de heridos convalecientes en el hospital de Kharbin

sus imprudencias, sus descuidos, sus mismas torpezas, interpretándose como manifestaciones de un plan maduramente concebido, é hijas del talento y aun del genio, porque en la guerra no asiste la razón al que más vale y obra mejor, sino al que triunfa, y la victoria lo abona y ampara todo; mientras que la previsión del vencido achácase á timidez, sus energías son actos de insana desesperación, y las medidas más sabias y prudentes constituyen palmaria demostración de la ineptitud y de la ignorancia.

Huyendo desde el principio de la guerra de esa crítica vulgar y fácil, hemos procu-

mente se tributan á Togo, y apuntar—con la templanza inspirada por la piedad que debe merecer quien además de vencido ha sido herido y hecho prisionero—las faltas cometidas por su rival el almirante Rojdestvensky.

Cuando la segunda escuadra rusa del Pacífico partió de Libau en Octubre de 1904, nadie creyó que abrigaba el firme propósito de llegar al Extremo Oriente; destruída poco después la flota de Port-Arthur y en reparación los tres cruceros de Vladivostok, el viaje de Rojdestvensky fué calificado de demencia, de locura, y ciertamente no falta-

ba razón á quienes sostenían esta tesis. La súbita aparición de la segunda escuadra en el mar de la China, y la llegada de la tercera á los mismos parajes, desvanecieron toda duda: el problema no tenía otra solución que la de las armas.

Al despachar las dos escuadras, el gobierno ruso no llevaba las intenciones que se le han atribuído; su objeto era llegar á una paz inmediata y honrosa. Contando con el apoyo de Alemania y con la benevolencia de Francia, el gabinete de San Petersburgo creyó que Rojdestvensky podría mantenerse en el mar de la China hasta que las operaciones terrestres tomaran un giro favorable á Rusia; llegado este momento, puesto á salvo el honor de las armas, y con una poderosa escuadra cerca del Japón, este imperio no opondría dificultades á la estipulación de la paz, obteniendo el Japón ventajas en Corea y afirmándose el predominio de los rusos en la Mandchuria.

Pero estos proyectos, como todos los que se fundan en ilusiones y esperanzas, no se ajustaban á la realidad de los hechos y han dado resultados opuestos á los deseados.

En los primeros días, Rojdestvensky no encontró dificultades en los puertos franceses del mar de la China para abastecerse de carbón y mantenerse en actitud expectante; pero muy luego el Japón alzó la voz y, sostenido por Inglaterra, dirigió apremiantes y amenazadoras reclamaciones á Francia, hasta conseguir que esta potencia adoptase, sin declararlo oficialmente, los principios ingleses de la neutralidad. Hong-Kong, Singapur y los demás puertos británicos quedaron cerrados á los rusos; las autoridades inglesas confiscaron el cargamento de varias naves mercantes que se disponían á llevar carbón á Rojdestvensky, y, en suma, este almirante se vió reducido á los recursos que llevaba consigo.

La llegada de la tercera escuadra agravó la situación, porque el número de barcos carboneros que la acompañaban era insuficiente, de suerte que Rojdestvensky hubo de destinar á ella parte del carbón asignado á la segunda.

No pudiendo prolongarse esta insostenible situación, y no contando la flota rusa con otra base ni más punto de apoyo que las movedizas olas, el gobierno ruso indicó al general Linevitch la conveniencia de ac-

tivar las operaciones en la Mandchuria. El generalísimo emprendió un movimiento de avance y prescribió á la división Michtchenko que efectuara un fuerte reconocimiento que revelara la situación y propósitos del adversario. Con su inteligencia y arrojo acostumbrados, el general Michtchenko se internó en la zona enemiga, comprobando que los japoneses, en orden concentrado, se encontraban muy al S., cerca de Tie-ling y lejos de las líneas rusas, ó sea en una posición de difícilísimo ataque, á la que era imposible llegar sin sufrir antes graves quebrantos.

Así llegó el 12 de Mayo; no pudiendo permanecer más tiempo la escuadra en el mar de la China, y abandonado todo proyecto ofensivo en la Mandchuria, no restaba otra solución que la de procurar á todo trance arribar á Vladivostok.

Es indudable que para alcanzar este objetivo la solución menos expuesta era costear el Japón por el E., y atravesar luego uno cualquiera de los estrechos de Tsugaru, Soya ó La Perousse, en el extremo N., para dirigirse en seguida en línea recta á Vladivostok. Pero la escasez de carbón no permitía efectuar una travesía tan larga, y se eligió el camino más corto, que por el estrecho de Corea sigue al mar del Japón.

Hase dicho que Rojdestvensky, según noticias de su gobierno y otras que adquirió directamente, creía que en el estrecho de Corea solo se encontraba la tercera parte de la escuadra japonesa, y que esta falsa información fué la causa de que resolviera intentar el paso por Tsushima; pero es imposible admitir que el almirante ruso creyera que Togo iba á cometer una falta estratégica y táctica en que no incurriría un muchacho, y mucho menos si se recuerda que los barcos de Vladivostok no encontraron ningún buque de guerra enemigo en los días que precedieron á la batalla. Lo que ha dado origen á esta creencia, de la que se han hecho eco todos los periódicos, es otro motivo muy diferente.

Cuando la segunda escuadra rusa llegó á Madagascar y hubo capitulado Port-Arthur, el almirantazgo japonés discutió con Togo el plan que debería adoptarse para destruir la escuadra enemiga. Durante un momento pareció prevalecer la opinión de crear una base naval en la costa O. del Japón, á mi-



El almirante Rojdestvensky, en el puente del «Kniaz Suvoroff»
(Cuadro de Morata)

tad de distancia entre Tsu-shima y Soya, del cual pudiese irradiar la escuadra en la dirección que las circunstancias aconsejaran; pero Togo demostró los inconvenientes de este proyecto, y el plan fué abandonado, eligiéndose otro que se ha tenido en el mayor secreto, hasta que la batalla naval lo ha descubierto. Algunos periódicos, en Abril último, dieron veladas noticias del plan japonés primitivamente acordado, y al añadir que había sido desechado más tarde apuntaron la idea de que probablemente la escuadra japonesa se subdividirá en dos ó tres fracciones.

gros á que iba á exponerse si encontraba á su adversario en el estrecho de Corea, porque próximos los japoneses á sus grandes puertos militares y bases navales, era punto menos que imposible derrotarlos por completo, mientras que en caso de un revés el mar del Japón se convertiría en un sin igual calvario para los barcos rusos. Hombre de acción, de iniciativa y de arranque antes que de consejo, temperamento ardiente, corazón esforzado y espíritu resuelto, Rojdestvensky no vaciló, resuelto á coronar la obra casi inverosímil de dar la vuelta al antiguo continente, sin base ni apoyo, con



Transporte de un herido en una camilla improvisada con mantas y fusiles

Pero si Rojdestvensky no pudo incurrir en este error, no es menos cierto que tampoco esperaba encontrar en Tsu-shima toda la escuadra enemiga, sino que imaginaba que algunos cruceros recorrían la parte N. del mar de Japón, lo cual iba á facilitar la ejecución de su arriesgada empresa.

El 16 de Mayo, toda la escuadra rusa se puso en marcha. Rojdestvensky confiaba en la segunda, acostumbrada á la navegación y á la maniobra, pero no en la tercera cuya pericia dejaba bastante que desear, por lo que se propuso mantenerla en reserva, poniendo principalmente en acción los acorazados de la segunda.

No se le ocultaban al almirante los peli-

la acción temeraria de dar la batalla al enemigo que le aguardaba en magnífica é inmejorable posición.

Dejando atrás un inmenso mar, á cuyos puertos se agolpaban potencias que encubrían con la voz neutralidad su odio á Rusia y sus simpatías al Japón, y con un enemigo fuerte, bravo, astuto é inteligente delante, la armada rusa, impulsada por la falta de carbón y empujada por las torpezas del almirantazgo de San Petersburgo, llegó al estrecho de Corea habiendo perdido estratégicamente la campaña. En el caso más favorable la acción táctica solo podía resultar indecisa.

Los preparativos japoneses en las costas

del Japón y de Corea rayan en lo maravilloso. Completáronse las fortificaciones y defensas terrestres en el litoral; creáronse nuevos puntos fuertes en el estrecho de Corea y en los del N., para apoyar á la escuadra y contribuir directamente á la victoria si se presentaba ocasión; improvisóse una excelente base naval en Tsu-shima y abrióse un canal para las rápidas evoluciones de los torpederos; cubrióse el mar de naves mercantes encargadas de descubrir los movimientos del enemigo; instalóse una completísima red de estaciones telegráficas sin hilos; y á pesar de estar ocupadas en



Movilización: Reservista despidiéndose de su hijo

tantas y tan múltiples labores muchos millares de personas, no se traslució la menor noticia y guardóse un sigilo apenas concebible. De esta suerte, la gloria del éxito no corresponde únicamente á los almirantes y centros directivos, sino que participa de ella todo el pueblo, que ha dado una envidiable muestra de su patriotismo ferviente y tranquilo.

Togo, entre tanto, siempre prevenido y dispuesto, manteníase oculto á todas las miradas y al abrigo de la menor indiscreción, permaneciendo durante muchas semanas escondido en su refugio.

Nunca una escuadra ha arrostrado tantos escondidos peligros como la de Rojdest-

vensky al acercarse á Tsu-shima, y jamás una nación ha llevado al extremo de la japonesa las precauciones y preparativos para obtener la victoria, ni ha agotado, hasta el límite de lo humano, la previsión y el talento.

Llegando ahora al examen táctico de la batalla, el primer factor, el moral, no pudo ser más favorable á los japoneses. Combatían estos por la salvación de su patria, y su objetivo era la destrucción del enemigo, móviles ambos positivos y al alcance del más humilde marinero. La consigna de los rusos era forzar el paso y llegar á Vladivostok; ya en este punto ¿qué se haría? todos lo ignoraban; así, mientras las tripulaciones japonesas iban á batirse con el arrojo que dan la convicción y la fe, las tripulaciones rusas solo sabían que su principal objetivo era huir del fuego enemigo á ser posible, arrostrarlo en último término, pero siempre procurar escapar y llegar á Vladivostok; justo es decir que la división de acorazados, en la que residía la fuerza de la flota, se proponía un fin más tangible, cual era el de derrotar al enemigo, si se presentaba.

El primer error de los rusos fué continuar avanzando hacia el N. cuando divisó en el horizonte á la escuadra de Togo, dando así tiempo á Kamimura para que completara su movimiento envolvente; mejor hubiera sido procurar atraer á los japoneses á alta mar, al S., para reñir la batalla en mejores condiciones; pero este error no es imputable á Rojdestvensky, porque, sin carbón, no le quedaba otro recurso que avanzar ciegamente sucediera lo que sucediera.

Confó demasiado en sus acorazados, creyendo que podrían tener á raya al grueso de la escuadra de Togo, en tanto que los demás barcos continuarían su derrotero sin ser apenas molestados. En protección, en armamento y en tonelaje, los acorazados rusos eran una fuerza poderosa, superior á la enemiga; no así en cualidades marineras debidas á la pericia y dotes de la tripulación. Desde el primer momento se notó la precisión del tiro japonés, no igualado hoy por ninguna otra marina, y la inseguridad del fuego ruso; los proyectiles japoneses, tanto las granadas como los torpedos, eran excelentes, al contrario de los rusos, muchos de

ellos en mal estado. Así mismo púsose de manifiesto que la colocación de los blindajes rusos era defectuosa, no resistiendo las corazas los efectos de los proyectiles de mediano calibre. Y por último, las tripulaciones japonesas maniobraron concertadamente, con orden, atentas siempre á las señales del barco almirante, al revés de las rusas, que se entregaron al vértigo de la lucha, dejándose llevar por su heroico valor y sin poner en la maniobra aquella cautela y aquel concierto más necesarios hoy

fueron arrojados al lugar más peligroso, anticipándose á los deseos de Togo y poniéndose á merced del enemigo. Nebogatoff, á su vez, ni prestó toda su ayuda á Rojdestvensky, ni maniobró con la rapidez que las circunstancias requerían, ni desplegó el arrojo demostrado por los acorazados; en particular, al poner estos últimos el rumbo al E., Nebogatoff perdió un tiempo precioso enderezando el rumbo ya á un lado ya á otro, sin decidirse por ninguno, ni atreverse á desplegar frente á la segunda



El general Linevitch recorriendo las posiciones rusas después de ser nombrado generalísimo

que hace un siglo, á causa de los efectos destructores del moderno armamento.

Con todo, la derrota, que solo un milagro hubiera podido evitar, no se hubiese convertido en desastre, á no mediar la soberbia decisión de los destroyers y torpederos japoneses, y dos graves errores cometidos por Rojdestvensky y Nebogatoff. Al ordenar el primero que la división de acorazados pusiera el rumbo al E., se cerró voluntariamente, sin sospecharlo, toda salida; la segunda y tercera divisiones japonesas maniobraron entonces sin estorbos, los destroyers y torpederos encontraron allanada su misión, y los acorazados rusos

división enemiga, no más fuerte que la suya. De la rendición de este almirante no puede emitirse juicio exacto, en tanto no se esclarezcan las causas que le indujeron á tomar una medida que tan mal parado dejó el honor de la marina rusa. Tampoco el almirante Enquist se condujo mejor que sus compañeros: separándose prematuramente del grueso de la escuadra, antes de que la batalla estuviese decidida, no hizo más que precipitar el desastre; su huida debióse más que á la habilidad en la maniobra, á la actitud relativamente pasiva de Kamimura, quien dejando escapar á los barcos de Enquist ayudó eficazmente

á Togo y asestó el golpe de gracia á los barcos más poderosos de la escuadra rusa.

Las tripulaciones de los acorazados y de algunos otros barcos se batieron con verdadero fanatismo, tanto más digno de loa cuanto que desde los primeros momentos perdieron toda esperanza. En general, la tercera escuadra no desplegó el heroísmo demostrado por la segunda. Es muy posible que si Rojdestvenky hubiese empeñado la batalla antes de la llegada de Nebogatoff, habríanse salvado de la catástrofe algunos barcos de combate.

Disparados los primeros cañonazos, é iniciados los movimientos preliminares de las tres principales divisiones de Togo, la batalla no fué más que un juego de niños para los japoneses. Dificilmente se librará otro combate en que el tiro de una de las dos escuadras—la rusa—sea menos temible, ni más certero y mortal el de la otra. Las enormes ventajas de que, desde todos los puntos de vista, gozaban los japoneses, no empañan, sin embargo, ni oscurecen los sobresalientes méritos de Togo.

Frío, sereno, sin nervios, razonador y reflexivo, bravo sin alardear de serlo, el almirante japonés, es el dechado de los caudillos cortados según el patrón de Moltke. Seguro de su superioridad sobre la escuadra de Port-Arthur, no se apresuró á destruirla en un combate decisivo, dejando que se gastara y consumiera poco á poco, y procurando ante todo la conservación de sus propias fuerzas, vitalísimas para el Japón; en la batalla del 10 de Agosto, sus maniobras se encaminaron á entorpecer las del enemigo, para que el plan del desgraciado Vitgeft fracasara por la deplorabilísima situación de la escuadra rusa, antes que por la acción de los cañones japoneses.

Durante la primera parte de la guerra la conducta de Togo se inspiró en una extrema prudencia, excesiva en ocasiones. Arribado Rojdestvenky al mar de la China, Togo, desoyendo la opinión unánime de todos los críticos de Europa y de América, y fiel al programa que se había trazado, dejó que la flota enemiga avanzara sin obstáculos, y se abstuvo de despachar sus rápidos cruceros á destruir los transportes rusos. Profundo error hubiera sido tal conducta frente á una escuadra inglesa, por ejemplo;

pero Togo conocía bien á su enemigo, y discurriendo con lógica imaginó, y supuso bien, que adversario que tan ciegamente se lanzaba á una aventura loca desplegaría gran valor, pero escaso talento en el momento del peligro; y retirando sus cruceros á espaldas de los acorazados, sumió á Rojdestvensky en insondables dudas y quitó á su enemigo toda ocasión de que los marinos rusos se avezaran al combate, cobrarán alientos y oyeran sin espanto el fragoroso tronar de los cañones.

Siempre dueño de sí mismo y dándose exacta cuenta del proceso de la batalla, Togo no cesó de transmitir órdenes tan acertadas como hábilmente obedecidas; y desde el primer cañonazo adoptó una táctica excelente, no imaginada antes por ningún otro almirante. Sin dejar de responder con sus mayores cañones el fuego de las piezas rusas de gran calibre, barrió, acercándose á este efecto á unos 4 ó 5.000 metros del enemigo, con los cañones de las baterías y con las piezas de pequeño calibre, los puentes y partes altas de los barcos moscovitas, destruyendo así los cañones de mayor movilidad y tiro más rápido. Conseguido este resultado y rota la línea rusa, entraron los torpederos en acción. La prodigiosa velocidad de estos sutiles barcos y los efectos terribles de sus proyectiles, completaron la confusión y el desorden del enemigo; desmontadas las piezas medianas y pequeñas, los acorazados y cruceros rusos quedaron poco menos que á merced de los destroyers y torpederos japoneses, y uno tras otro fueron precipitados al fondo de los mares. No fué pues el torpedo quien inició la batalla, sino quien la completó y coronó.

Desacreditado el torpedero como arma de combate durante la larga campaña de Port-Arthur, y demostrada entonces su ineficacia contra los barcos que conserven la artillería en buen estado, resurge ahora con importancia extraordinaria, comprobándose una vez más que el torpedero, como la fortificación y como todos los factores de la guerra, da ó pimos frutos ó resulta inútil y aún perjudicial según el uso que de él se haga; y que el efecto eficaz de toda arma no reside en su bondad intrínseca sino en el caudillo que la sabe manejar.

Por entero recae en Togo la gloria de la

jornada; los comandantes de las demás divisiones pudieron hacer más de lo que hicieron y desbaratar el 27 de Mayo á las divisiones de cruceros y guardacostas moscovitas, con mayor facilidad que el almirante derrotó á los acorazados de Rojdestvenky. Durante la noche del 27 al 28 hizo sentir la mano de Togo, y en la mañana del 28 los almirantes subalternos repararon su desconcierto del día anterior, gracias á las torpezas é indecisión de los barcos rusos que aún continuaban á flote. Las flotillas de destroyers y torpederos patentizaron el



General Batianoff,
jefe del III ejército ruso de la Mandchuria

mismo arrojo y espíritu de sacrificio de que tantas muestras dieron frente á Port-Arthur, si bien en el estrecho de Corea el éxito las enardeció más aún de lo acostumbrado.

Han dicho algunos corresponsales que el éxito en las jornadas del 27 y 28 de Mayo debióse principalmente á la intervención de algunos submarinos japoneses. Sin negar la posibilidad de este hecho, hasta ahora la noticia no ha salido de la categoría de una simple hipótesis, y ha sido negada por los japoneses.

Prescindiendo de los accidentes circunstanciales de la lucha, la explicación de lo acontecido es fácil y á nadie se le oculta.

La escuadra de Rojdestvenky llegó fatalmente medio vencida á las aguas de Tsushima. Empeñado el combate, el número y clase de los barcos, el calibre y abundancia de la artillería, la formación de batalla y las evoluciones siguientes intervinieron poco en el resultado; los elementos decisivos fueron las tripulaciones: veterana y aguerrida la una, novel y poco diestra la otra; excelentes artilleros y expertos marinos los japoneses, y pésimos apuntadores y medianos navegantes los rusos, la acción revistió todos los caracteres de una cacería en alta mar; si estuviéramos aún en los tiempos del abordaje, tal vez habrían triunfado los segundos, pero ahora no es el valor ni la fuerza bruta quienes deciden las batallas sino el entendimiento y la instrucción.

En resumen, los japoneses estuvieron mejor dirigidos, y tuvieron mejores marinos, mejores barcos y mejores informaciones; los elementos les ayudaron; tenían más confianza en sí mismos, la resolución de vencer, y sobre todo y ante todo, una situación geográfica infinita é incomparablemente más ventajosa.

**

INFLUENCIA DE LA BATALLA NAVAL EN EL DESARROLLO DE LA GUERRA

La magnífica victoria del almirante Togo favorece más al Japón que perjudica á Rusia. Esta incurrió desde el primer día en el error de no comprender que la única manera de vencer al enemigo en un plazo relativamente breve y sin necesidad de grandes sacrificios, consistía en obtener el dominio de los mares. Potencia esencialmente militar, y no marítima, dedicó toda su atención al ejército y á la guerra terrestre, relegando á segundo término las operaciones navales, al revés del Japón, cuyo constante objetivo ha sido conquistar la supremacía en el mar. Diseminando su flota antes de la guerra, no adoptando las medidas de previsión que la tirantez de relaciones entre las dos potencias imponía, dejando que la flota de Port-Arthur fuera destruida sin que el enemigo sufriera quebrantos, y despachando al Extremo Oriente las escuadras de Rojdestvensky y Nebogatoff, con harta precipitación y sin que ni las tripulaciones ni los barcos se hubiesen preparado para una campaña larga y difícil, el almi-